

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 4 DE JULIO DE 1920

NUM. 19.162

D'ANNUNZIO, EL POETA-HÉROE

No hace muchos días me lo repetía un militar italiano que ha visto de cerca la guerra:

«D'Annunzio ha sido en Italia el intérprete del alma nacional. Si su famoso discurso de Roma, que nos hizo entrar en el conflicto europeo, pudo haber sido fatal para nuestra patria, en cambio, su audaz expedición a Fiume, ha coronado la obra de Italia victoriosa. Ya no se piensa en arrancarnos Fiume, y si ésta es hoy italiana, se lo debemos a D'Annunzio.»

Yo, al oírle, asentía, pensando que este artista extraordinario, mago del estilo, vituperado ayer por sensual y decadente, ensalzado hoy como caudillo de las aspiraciones nacionales, ha vivido cien vidas intensas en una sola existencia, y parece eclipsar con su propia biografía la de sus turbulentos antepasados literarios, el Aretino, Benvenuto Cellini y la del veneciano Casanova.

Porque D'Annunzio es ante todo eso:

la versatilidad. Versátil en la vida y versátil en el arte, como si su propio canto a la «Diversidad, Sirena del mundo», vibrara en sus oídos perpetuamente. Pa-

rece como si desde su adolescencia, en que despunta ya el alba de su radiante astro literario, hubiera sentido una sed insaciable por agotar la copa de la vida.



Gabriel D'Annunzio, justo es reconocerlo, no ha sentido estos escrúpulos, y lejos de manifestar desdén hacia la Prensa, ha sabido utilizarla en todas las ocasiones de la vida. Desde su primera juventud pensó, con Shakespeare, que «el mundo es un escenario», y en él ha querido representar siempre un papel principal. A lo que no se ha conformado nunca es a salir de escena, como no sea por las doradas puertas de la inmortalidad y acaso precedido por el homenaje póstumo de unos funerales nacionales. De ahí que aprovechara siempre la menor ocasión de hacer ruido con su nombre y de estremecer la atención pública. Unas veces con un poema erótico, otras con una novela o con el sensacional estreno de un drama, hacía correr su fama de boca en boca entre aplausos y vituperaciones. Y cuando no vibraban las cuerdas de la lira eran los manifestos, las anécdotas íntimas y la



hasta la lid. En él se funden el ansia del placer y el anhelo constante de la inmortalidad. Es hombre de acción y soñador de quimeras; como Byron, poeta y dandy. Acaso durante muchos años el dandy perjudicó al poeta, y los ecos o rumores tendenciosos de cierta Prensa maligna, caricaturizando al superhombre con su pose, su lujo aristocrático, sus refinamientos y su ansia de reclamo, nublaron algo la personalidad espiritual que nos forjábamos al leer sus libros. ¡No importa! Este es el sino de los grandes artistas, disfrazando a veces su genio bajo los colores chillones y hasta ofensivos de una indumentaria llamativa, para atraerse la atención de un público distraído. Wagner conoció estas sangrientas burlas periodísticas de los que le juzgaban por sus trajes estrambóticos y no por sus dramas musicales. Y lo mismo diríamos de Baudelaire, de Barbey d'Aurevilly, de Oscar Wilde y hasta de Rostand, a quien una gran parte de la Prensa francesa llegó a convertir en una especie de anuncio de empresa teatral, enajenándole las simpatías de los que aun creen que la literatura no debiera competir con las agencias o los específicos.

murmuración, empeñada en salpicar de lodo al mago del estilo musical. Dentro y fuera de su país fueron muchas las gentes que, fingiéndose escandalizadas, preferían zaherir al hombre que rendir homenaje al artista. Si leían ese maravilloso poema en prosa *El fuego*, era para denigrar al escritor que se había atrevido a publicar sus amores con la Duse en el romántico marco de la Venecia otoñal. Si se hacía una alusión a *Las vírgenes de las rocas*, salían en seguida a relucir los nombres de tres damas de la alta sociedad romana. Ni la suntuosa forma literaria, ni la elevada visión de belleza, lograban atenuar, al parecer, el mezquino concepto que merecía su per-

He aquí al Tirteo moderno, que al encendido verbo, a las irisadas estrofas de diamante, une la gloria de un ejemplo soberano de voluntad y acción. Uno de los grabados de esta plana le representa en aquel día magnífico en que, al perder un ojo en la guerra, acabó de ganar la inmortalidad.

sona. Quizás la proximidad del trato—tan funesta a veces al autor—apagaba los rayos de su aureola artística. Pero, al fin y al cabo, yo no veo que el D'Annunzio de las elegancias, cazando a caballo con la elegante sociedad de Roma o haciendo correr a sus lebreles, sea cual fuere su trato, perjudique en nada a las páginas de su novela *El placer* con su intenso erotismo, ni apague el colorido de esos inolvidables paisajes de la Ciudad Eterna. Como tampoco me inclino a suponer que la almoneda de su fastuosa villa de Fiésolo, sus querellas con las Empresas teatrales o su vida licenciosa de lujo y de aventuras, puedan influir en el juicio que a la posteridad merezcan *La Gioconda*, *Francesca di Rimini*, *La Hija de Yorio* y *La nave*, entre otras obras dramáticas que tanto han contribuido a enaltecer el moderno teatro universal.

Para mí, la lectura de las obras de D'Annunzio marca una etapa espiritual de mi vida. Sentí la magia verbal del hechicero con la impresión violenta de mis veinte años. Hoy seguramente no habría de sentir así el aroma de sus páginas perversas, fascinadoras, y por eso tengo ahora el convencimiento de que D'Annunzio es, sobre todo, un autor para adolescentes y mujeres capaces de ver la vida de color de rosa... Más tarde se hace uno más difícil; el espíritu crítico y el análisis rasgan el etéreo manto de la ilusión. Pero entonces era para mí D'Annunzio la sirena literaria cuya voz cantaba su irresistible melodía desde un azulado mar latino iluminado por el sol meridional que baña las ruinas de la Grecia eterna. La lectura de sus bellas tragedias fué, lo confieso, una revelación, y mi pluma, inspirada por un entusiasmo juvenil, trazó un ensayo más bien lírico que crítico sobre sus obras teatrales *La Gioconda*, *La ciudad muerta*, *La gloria*, y esa intensa tragedia pastoral que se llama *La hija de Yorio*. Y una tarde, gracias a la condesa de Pardo-Bazán, entonces presidenta de la sección de Literatura del Ateneo, di en la llamada «docta casa» mi primera conferencia pública. La sala estaba atestada de gente. La expectación era enorme. Mas no se crea que esto era debido al nombre del conferenciante, sino al arte inolvidable de la eminente actriz Tina di Lorenzo, que consintió amablemente en representar después de mi disertación un acto de la patética *Gioconda*. Por algo el recuerdo de mi primer acto público va unido con gratitud a esas dos personalidades que en el mundo teatral se llaman Tina di Lorenzo y en el literario Gabriel D'Annunzio.

Después, siempre ha seguido con interés la obra del vate italiano, y si se me ocurriese remedar a Plutarco escribiendo otras «vidas paralelas», escribiría, repito, la de Gabriel D'Annunzio al lado de lord Byron. Como éste ha sido, y es, *dandy*, poeta, hombre de acción. Como él será en lo futuro otro espectro glorioso de la romántica e inmortal Venecia, cuyos palacios legendarios y canales de ensueño se iluminaron bajo los resplandores de *El fuego* y vibraron al son de la lira patriótica que inspiró su hermosa tragedia *La nave*.

Pero ha sido más feliz que Byron, porque de su inmortal corona literaria Byron, por su carácter impetuoso y rebelde, sintió sólo las espinas, la amargura del destierro, la hipocresía de la sociedad inglesa y la incompreensión de la crítica. D'Annunzio, en cambio, ha llegado a la apoteosis personal que enaltece hoy su fama literaria. Los que antaño veían sólo en él a un discípulo de Nietzsche, cultivador literario de su *Yo*, han visto surgir de pronto al hombre detrás del autor. Y así, D'Annunzio estreme-

ciendo de entusiasmo al público de Roma con su discurso del Capitolio, lanzando a su país a la guerra victoriosa, arriesgando cien veces su vida por los aires y echando, desde su aeroplano, proclamas y no bombas sobre Viena, es más feliz que lord Byron. Porque Byron murió al empezar su campaña de Grecia, sin ver realizada su quimera. Y

D'Annunzio ha alcanzado su sueño, que es el de la *Italia irredenta*; ha conquistado Fiume con sus legionarios. Por eso la Historia ha de ver en el descendiente de Garibaldi y de Cavour, y acaso el pueblo italiano, en su gratitud, le otorgue funerales nacionales como Francia a Victor Hugo.

Ávaro ALCALÁ-GALIANO

EL PEREGRINO

— Traducción del poeta portugués Eugenio de Castro —

PRIMERA VOZ

¡Oh peregrino que vas llorando,
di por qué lloras!
Vente conmigo; siempre cantando,
verás gozoso correr tus horas.
Anda, no tardes. Soy el Amor.
Vuelen tus ansias como las aves.
Sobre fragantes labios en flor
beberás dulces besos suaves.

EL PEREGRINO

¿Besos?... Los besos, ficciones locas,
veneno son;
deshojan rosas sobre las bocas,
pero desgarran el corazón.

SEGUNDA VOZ

¡Toma infinitos raudales de oro!
¡Toma! No llores.
Con los ducados de este tesoro
tendrás palacios, joyas y honores.
Yo te daré
mi oro que en rayos de sol esplende...

EL PEREGRINO

¿Oro? ¿Y a qué,
si la alegría nadie la vende?

TERCERA VOZ

Busquemos tierras por ti ignoradas
donde tus penas des al olvido.
Vamos. Haremos bellas jornadas.

EL PEREGRINO

Chica es la tierra. La he recorrido.

CUARTA VOZ

Yo soy la Gloria: numen fecundo.

Te haré un excelso poeta sin par;
tendrás tal fama que llene el mundo.

EL PEREGRINO

Un día el mundo debe acabar.

QUINTA VOZ

Yo soy la Ciencia. De mi morada
será el secreto por ti aclarado.

EL PEREGRINO

Si nunca hubiera sabido nada
nunca me viera tan desgraciado.

SEXTA VOZ

Yo soy la Muerte conquistadora;
yo en el misterio sumirte puedo.

EL PEREGRINO

¡Oh, no me llesves! ¡Déjame ahora:
te tengo miedo!

SÉPTIMA VOZ

Ven a mis brazos; yo soy la Vida.
¡Serás eterno! ¡No morirás!

EL PEREGRINO

¿Vivir? ¡No puedo! Mira esta herida:
la abrió la pena. ¡No puedo más!

MUCHAS VOCES

Pide infinitos, raros placeres...
Yo te haré estrella...

Yo rey te haré...

Vamos, responde, di lo que quieres.

EL PEREGRINO

No sé... No sé...

Joaquín LÓPEZ BARBADILLO

EL MAL HUMOR

— Breves apuntes de psicopatofisiología recreativa —

Es posible que el mal genio, la acidez del carácter, no sea mas que una porción de adrenalina segregada interiormente y mezclada al torrente circulatorio de la sangre.

Si es así—y bien se ve que la teoría no la he inventado yo—, en el mundo ha aumentado de una manera molesta la cantidad de adrenalina. Porque es el caso que aun en sitios en que la gente tenía justa fama de simpática y agradable en su trato—Madrid era uno de esos sitios felices—se va tropezando a diario con cantidad mayor de gente hosca, hepática, atrabiliaria, que contesta con un exabrupto a la mayor fineza y responde con un gruñido a la más tímida petición.

¿Por qué es esto? ¿Qué es esto?

—Es la guerra, señor—dirá uno de esos sujetos acostumbrados a discurrir en grandes síntesis y a derivar de una sola causa una millonada de efectos.

Sea culpa de la guerra o del Gobierno—que también es una de las grandes síntesis discursivas—, el fenómeno es indudable.

Entra uno en un comercio con el saludable propósito de gastarse unas perras

en lo que sea, y cuando lleno de timidez se dirige al dependiente que le parece más amable, escucha de labios de éste una impertinencia feroz:

—Los calcetines de hilo ya no los lleva nadie... Si no le gustan estas pitilleras guarde usted sus cigarros en una caja de sobres...

Esta irritabilidad de los comerciantes parece haber aumentado desde que la honrada dependencia mercantil disfruta de la jornada de ocho horas: se ve que trabajando menos tienen más tiempo para aburrirse, y el aburrimiento también es, según las últimas indagaciones de la psicopatofisiología, fuente copiosa de los malos humores internos.

Uno de los placeres más inocentes que puede procurarse el vecino de Madrid de honestas costumbres es el de tomar, a la caída de la tarde, un coche de punto e irse a dar vueltas por el paseo de la Castellana; la Moral nada sufre con ello, ya que con ese alarde de voluptuosidad que un romano de la decadencia desdeñaría, sólo el bolsillo del paciente sufre relativa lesión.

Pues bien; pruebe usted, lector amigo,

a intentar el paseo; si no es usted ducho en las mañas del boxeo o no posee licencia de uso de armas, el intento no pasará de tal. Usted ve venir a lo lejos un coche con el alquila levantado—¡Dios le conserve la vista!—, y al hacer un gesto al auriga para que se detenga, le corresponderá él con otro gesto que traducido al lenguaje hablado viene a decir:

—¡Mira si se te hubiera tronchado el brazo antes de alzarlo!

El mayor enemigo que tiene el cochero público madrileño es el parroquiano; todos ellos están o van en el pescante con el mismo aire de preocupación medrosa del hombre que atraviesa un país de antropófagos mirando receloso a derecha e izquierda y pensando: ¿De qué rincón saldrá el salvaje que me ha de devorar?

Para el auriga cortesano, el antropófago es el paseante.

¡Oh, aquellos simpáticos cocheros sevillanos o aquellos hábiles «chauffeurs» de Buenos Aires, que al pasar junto a un viandante que camine con aire un poco distraído le invitan a subir al vehículo!

Pero, en fin, ya ha subido usted a él, ya ha mirado el reloj, ya el cochero ha bajado el alquila con el mismo gesto de suprema resignación con que un rey destronado abandona el cetro; llega el momento trágico de dar la dirección, y el parroquiano, poniéndose el brazo derecho ante el rostro, dice:

—A la Castellana.

El cochero suelta riendas y látigo, se vuelve en el pescante, y lo más suave que dice es esto:

—Señorito, ¡por Dios!, ¿usted se ha fijado cómo llevo el caballo? Si quiere ir al paseo tenga usted coche propio.

Esto es lo más suave; lo más fuerte, que suele ser también lo más corriente, es... pero no, lo más fuerte no lo podemos copiar aquí, porque hay respetos elementales que siempre deben guardarse al lector.

Entonces viene lo del boxeo, la lucha a tiros, lo que sea. A todo hay que apelar para que el coche vaya adonde uno quiere. Por eso yo, al ver en estas tardes desde Colón al Hipódromo a esos ocupantes de los coches de alquiler—entre los que tengo la honra de contarme—haciendo el paseo a una marcha de entierro concurrido, siento por ellos esa devota admiración con que se ve un desfile de soldados vencedores; sé que todos, ¡todos!, acaban de ser héroes en una batalla que la Historia justiciera podría poner al lado de las tomas de París o de Roma: la toma del coche de punto.

Todo ello no impide que al terminar el servicio, el viajero dé su buena propina al auriga complaciente; es el tratado de paz.

Mil casos podrían citarse de este mal humor general, que antes no pasaba de modesto comandante. Sólo hablo de esos dos porque no quiero ponerme pesado y que al lector se le deprime también la adrenalina.

Porque se trata de eso, indudablemente: el comerciante, el cochero, el cobrador del tranvía, el camarero, son irresponsables. ¿Qué culpa tienen ellos de lo que hagan sus secreciones internas?

Ahora que también al público se le puede... *verter el saco de la bilis*, como dicen los saineteros, y contestar a los malos modos con el estacazo o la puñada.

Sí, porque es cosa de pensar cómo recibirá el comerciante al que entre en su tienda a cobrarle una factura o el recibo de la contribución, ya que así acoge al que va a darle a ganar unas pesetas. O qué contestaría el cochero si en vez de decirle, sin ánimo de insulto, «A la Castellana», le dijera uno al montar en el coche:

—¡A la... Meca!

Joaquín BELDA

LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA

POR LA ESPAÑA CASTIZA Y PINTORESCA



Una ansotana

Al señor conde de la Ventosa, presidente de la Real Sociedad Fotográfica, debemos la publicación de un espléndido libro que, con el título *Por España.—Impresiones gráficas*, nos ofrece rica serie de rincones castizos y amables páginas en que el cronista acierta a comentarlos. He aquí a un artista que sabe extraer



Vista de Arenas de San Pedro

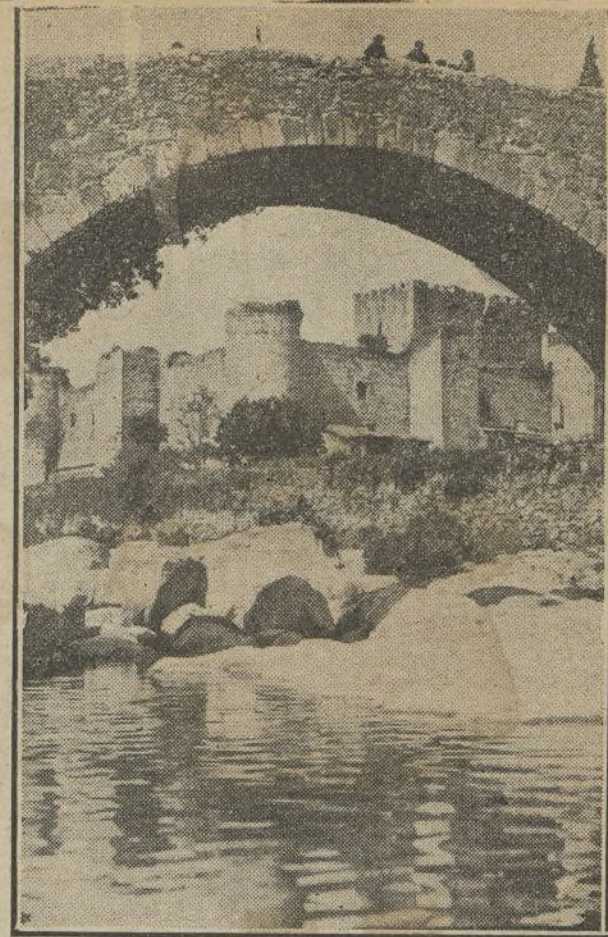


Cuenca.—Plaza de San Antón

de la fotografía, oficio sin vida en manos de cualquier aficionado o profesional, el sentido más puro y más emotivo. Viajar para retener en la placa el instante artístico que sorprendieron los ojos ávidos de belleza; tal es la condición a que se ajusta el conde de la Ventosa, y, en este respecto, hemos de alabarle sin regateos. Nada, por lo tanto, de álbum mudo e inexpressivo; la imagen fiel de lo visto viene a ser conservada, y, por añadidura, explicada por medio de la palabra

evocadora del recuerdo. Poesía, pues, obtenida así, hace de él feliz intérprete, artista, en suma.

De algún tiempo acá, asistimos a una renovación de nuestras costumbres. El turismo de la mejor cepa, como es el que todo anotador de lo típico cultiva, contribuye a divulgar innúmera colección de sitios y parajes que España—una España inagotablemente hermosa y sugestiva—esconde o recata a la mirada prosaica y superficial. Y es la Fuencisla, el segoviano santuario, ante donde viejo y acartonado pastor habla en rancio lenguaje de antiguas memorias tradicionales; y es Cuenca, la ciudad de encanto y maravilla, conjunción extraordinaria de naturaleza y arte, cuyos paisajes no toleran, por lo originales, comunes rivalidades; y es Ávila de los Santos y de los Caballeros, con su iglesia de San Pedro, afortunada heredera de la románica basílica vicentina; y es la Cruz del Humilladero, que lo mismo en Tafalla que en Iruzu, con sus brazos abiertos, brinda la paz al viandante; y es Escalona, el toledano lugarón, de plaza pintoresca—fondo de las picardías de Lázaro de Tormes y de su astuto amo el ciego—y de destaralado castillo, testigo un día del feudal poderío que tornó rey al privado don Alvaro de Luna; y es el arruinado templo navarro de Eunáte, albergue de templarios, o la recia atalaya de Olite, que oyó las canturias entonadas por el buen príncipe de Viana; y es el real palacio de Olite, con su torre de los trovadores, la más fabulosa de las mansiones que tuvo monarca en tierra hispana; y es San Pedro de la Rúa, en esa Toledo del Norte que se llama Estella; y es el ameno valle de Loyola, testigo antaño del ardor que tornó al guerrero Iñigo en el «San Ignacio», fundador de la cristiana milicia dominadora del mundo; y es Sevilla—cie-



El castillo de Arenas

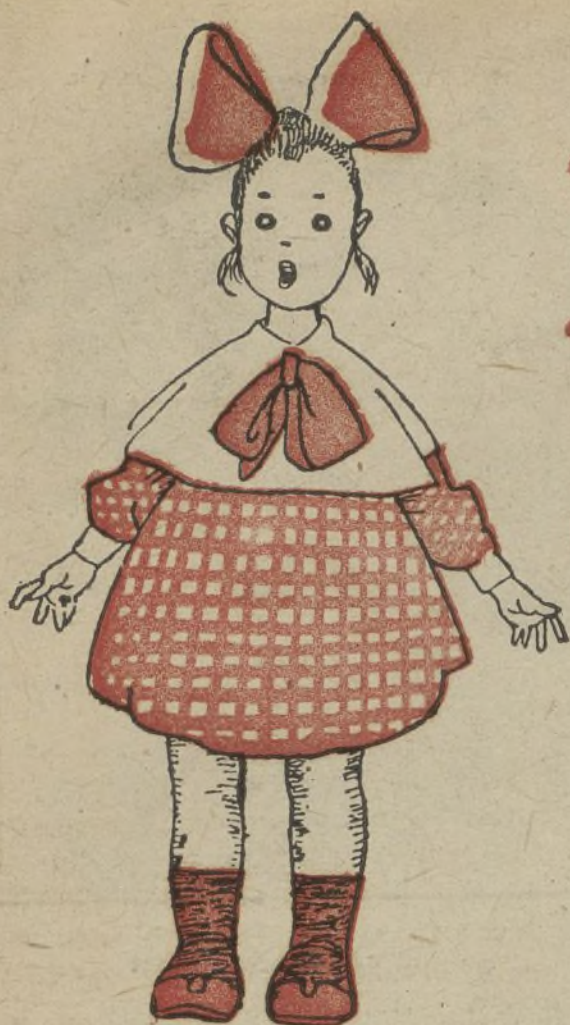
es la costa—Valencia, Sanlúcar—que mares de heroica poesía bañan; y es el camino de Val de Echauri a Dos Hermanas, y la cruz de Ororbia, o la dulce Asturias, Cangas, la Villanueva...

Hay que haber saboreado una por una las fotografías en que medita su arte el conde de la Ventosa y haberse recreado con las páginas en que las explica, para darse cuenta de que una España vastísima, «enorme y delicada», está reclamando siglo tras siglo el patriótico amor de sus hijos; una España maltratada por los que más obligados se hallan a respetarla; una España digna de mejor suerte.

Bien hacen cuantos, contra la barbarie imperante, ya oficial, ya privada, se consagran a su culto, redimiéndose por ello

de pecado y de responsabilidad. Y bien hacen los aristócratas que, cual el conde de la Ventosa, comprenden las obligaciones inherentes a los prestigios del blasón. Su libro, si entre nosotros se gobernase con la cabeza, debería llegar hasta las más humildes escuelas; sería un modo eficaz de aleccionar espíritus en aquello que más nos interesa, en aquello que interesa a quien, por cualquier razón, se precie de español.

Angel VEGUE Y GOLDONI



La nuez de Bartolo y el constipado del diablo



BARTOLILLO tenía la mala costumbre de mandar al Diablo a todo el mundo. —Mira que cualquier día se nos lleva el Diablo de veras—le decía su padre a todas horas.

Y como lo dijo, fué: una tarde que estaba Bartolillo cascando nueces se le acercó su hermana Casimira pidiéndole una; él contestó, como de costumbre: —¡Vete al Diablo!

Y en cuanto lo dijo, salió del suelo una llama; de la llama, un señor con bigotes afilados y barbita en punta; cogió del moñete a Casimira y se la llevó.

—Ahora, el que se va al Diablo eres tú—le dijo a Bartolillo su papá—, y hasta que no traigas a tu hermana no aparezcás por casa.

Estaba el chico sin saber por dónde tirar, cuando sintió que le hacían cosquillas en una pierna y se volvió de mal talante.

—Vete al...

Iba a decir «Vete al Diablo!», pero se contuvo, y se encontró con que era un topo que le habló y le dijo:

—Así me gusta, así; veo que escarmientas. En premio, te enseñaré el camino del Infierno. ¡Agárrate a mi cola!

Comenzó el topo a minar la tierra, y Bartolo, agarrado a la cola, se dejó escurrir, como en un tobogán, por el tubo que iba abriendo el topo; y bajando, bajando, bajando, dió en los mismos Infiernos.

En un pabelloncito que parecía una escuela tenían encerrada a Casimira, condenada a recibir cada cinco minutos una tanda de azotes.

Cada vez que Bartolillo quería entrar sonaba una voz muy agria y muy desahogada, como la del gramófono de su casa, y le decía:

«No entrarás, no entrarás!
No te deja Barrabás!»

De pronto le tocaren en un hombro, y creyéndose que iban a cogerle a él también, se revolvió con muy malas pulgas y fué a decir el consabido «Vete al Diablo!»; pero se contuvo, y entonces se le apareció una viejecita que le dijo:

—Bien; así me gusta. Como te has arrepentido, voy a descubrirte, en premio, la manera de entrar ahí para sacar a tu hermana. Cuando llegue la noche y abran esa puerta para verter la lata de la basura, vas tú y, sin que te vean, metes un botón por la rendija de la puerta. La puerta quedará mal cerrada, sin que nadie lo note, y entonces tú no tendrás mas que empujarla despacito, coger a tu hermana y echar a correr con ella.

Todo pasó con completo éxito y Casimira fué libertada por su hermano.

Cuando Barrabás se enteró salió a la puerta de la calle, tan de prisa, que se olvidó de echarse un abrigo, y, como estaba en camiseta, porque en el Infierno hace un calor horrible, se constipó.

Le llevaron un traje en seguida, se untó de yodo para curarse el catarro, y, subiéndose el cuello del gabán hasta los cuernos, salió disparado en persecución de Bartolillo y de su hermana.

Era ya de noche cuando los alcanzó. Acababan de encontrarse con un pueblo, decidieron pasar la noche allí.

Se encaminaron a la iglesia, pensando que en casa del cura «starian mejor guardados del Diablo que en ninguna otra parte.

El cura estaba de viaje; les ofreció posada el sacristán, y con él se quedaron. Pero, ¡ay!, el sacristán no era sacris-

callado, decidió estar en vela y escaparse de allí en cuanto el sacristán de los diablos se durmiese. Lo malo era que el pobre chico tenía un sueño atroz, y pensaba: «Si me duermo sin querer y entra el Diablo mientras, ¿para qué quiero más!» Entonces, sacando del bolsillo la nuez famosa, la nuez aquella que no había querido dar a su hermana y que había tenido la culpa de todo, fué y la puso debajo de un ladrillo a la entrada misma de la alcoba. De ese modo, cuando quisiera entrar el Diablo pisaría la nuez, y el ruido despertaría a Bartolillo.

Confiado con aquello se durmió en seguida a pierna suelta; pero Casimira, que había estado viendo con el rabo del ojo

la he comido!... ¡Me la he comido!», hasta que se durmió como su hermano.

—¡Ya son míos!—pensó Barrabás; y entró de puntillas en el cuarto para verterles un narcótico en las narices y llevarse sin que se despertaran.

Roncaban los dos, sin enterarse de que el Diablo preparaba el cuentagotas del narcótico.

Apuntaba ya a la nariz de Casimira y estaba la gota para caer, cuando—¡mal-dito constipado!—le vino al Diablo un estornudo fenomenal que hizo retemblar las paredes de la casa.

Al Diablo le saca de juicio estornudar, porque todo el mundo le dice «¡Jesús!», creyendo que hacen una fineza, y a los diablos se los llevan los ídem cada vez que oyen ese nombre.

Esta vez nadie dijo «¡Jesús!» ni se movió nadie, y el Demonio acabó por tranquilizarse y volver a preparar el cuentagotas.

Bartolo se había despertado al oír aquel estornudo tan atroz; pero se hizo el dormido y en cuanto se volvió de espaldas el Diablo, le echó por la cabeza un cuenco de agua bendita que había cogido de la iglesia con intención de librarse de su enemigo en cuanto fuera necesario.

El Demonio no puede resistir el agua bendita, y lo mismo fué sentirla que empezar a patallar y a echar chispas, hasta que se fué, gruñendo y renegando.

De esta manera escaparon de Barrabás y ya no volvieron a ser malos.

A Casimira se le indigestó la nuez, por habérsela comido cuando no debía, y a Bartolillo le salió un bulto en el gazona, como si no pudiera tragar nunca la nuez que no quiso dar a su hermana.

(Por eso le llaman «nuez» a ese bulto que tienen algunas personas en las tragaderas.)

Fuera de esto, como ya no volvió a decir «Vete al Diablo!», todo salió bien.

El Diablo, en cambio, no cesa de estornudar y de sonarse desde entonces, porque el agua bendita estaba fría y le constipó por los siglos de los siglos. Amén.

Manuel ABRIL

Dibujos de BARTOLOZZI.



tán: era el mismísimo Diablo, disfrazado así para tender un lazo a los dos niños y llevárselos en cuanto se durmieran.

Bartolo descubrió el engaño mientras cenaban, porque vió la borla del rabo del Demonio asomándole al sacristán por detrás de la chaqueta, y callándose, muy

lo que su hermano hacía, se levantó muy calladito, y, cogiendo la nuez, se la zampó.

—¡Anda, rabia!—pensaba Casimira—. No me quisiste dar la nuez, y, ya ves... ¡me la he comido!

Y se estuvo diciendo por lo bajo: «Me



VENÍA cabalgando el Buscón desde Alcalá a Madrid, y aquel clérigo poetaastro, que era un trasunto del doctor D. Juan Pérez de Montalbán como el espadachín de momentos antes fué reinado del docto esgrimidor D. Luis Pacheco de Narváez, decíale, moléndole como todo mal poeta con la matraca de sus versos:

Pastores, ¿no es lindo chiste que hoy es el Señor San Corpus Christe?

Y claro está que no hay tal chiste, ni el Corpus es ningún canonizado del Santoral; pero de lo contrario no sería aquel clercillo la contrafigura del «Para todos», según quería verlo, en la crueldad de su burla, el señor de la Torre de Juan Abad.

Sin embargo, el San Corpus Christi era para el clérigo, y el San Corpus Christi era para el vulgo de aquella época la fiesta de Jesús Sacramentado, jamás celebrada con pompa y fausto tal como en aquellos días de 1623, cuando el Príncipe de Inglaterra, más tarde el decapitado Carlos I, presenció desde los balcones de su aposento en el alcázar el paso de la más grandiosa procesión del Corpus que se había visto en la corte de las Españas. Que si algo bueno sacó de su existencia en este bajo mundo el Príncipe británico fué lo mucho que hubo de divertirse en Madrid, aunque al cabo de la jornada se quedase compuesto y sin novia, y tuviese que marcharse para acabar perdiendo la cabeza de la manera más desagradable.

Y en aquellos días, como luego en casi todo el siglo XVIII, el día del Corpus era esperado con una impaciencia sin igual por las mujeres, así que comenzaba a apretar el calor. ¿Era por devoción? No por otra cosa podían declarar que fuese, ya que dispuesta estaba siempre la parrilla del Santo Oficio y propicia para toda piadosa chamusquina. Pero fuerza es decir que otra causa muy femenina movía a las mujeres a desear la llegada del día del Señor.

¡Ay! Entonces no había figurines, ni periódicos de modas, ni eran tan fáciles los medios de comunicación que permitieran los frecuentes viajes de las damas a París para proveerse de las últimas creaciones en materia de indumentaria. Por otra parte, sus idas y venidas hubieran hecho a la atrevida española caer en sospecha de espionaje pagado por Richelieu. Y cuando en 1637 recibió Madrid con todo júbilo y regocijo a María de Rohan, duquesa de Chevreuse, la gran enemiga del cardenal, tampoco pudieron aprender de ella las modas de Francia, porque la prócer mujer, original y extravagante, gustaba de vestirse a su capricho, y la mayor parte de las veces con traje masculino.

La forma, la medida y hasta el color de las quinielas y guardainfantes, corpiños y juboncillos, y la mayor o menor extensión de los mantos y serceneros o los artificios del tocado, que no era ciertamente arte mínimo y despreciable, todo ello había de permanecer ignorado por las mujeres si no hubiese una especie de gaceta ambulante que mostrase sus variaciones y novedades.

Para eso estaba la procesión del Corpus. ¿Para eso?—preguntarán sin duda

espíritus asustadizos y devotos—. Sí, señor. Porque en la procesión iba la Tarasca, tan importante en el ornato del cortejo como el Mojigón y las danzas de moros y cristianos, ángeles y diablos.

El Mojigón abría calle vestido de colorines y botargas y repartiendo vejigazos con las ampollas henchidas que llevaba colgando de un palo. Acabó la costumbre del Mojigón; pero de él han

biles en el arte del peinado encargábanse del aderezo del maniquí viandante, poniendo en él unos veces las novedades que sabían de los vestidos y tocados que se estilaban en Francia, y otras las variaciones que su propia inspiración les sugería. Cuidaban, desde luego, de tener en sus tiendas lo mismo que habían exhibido en la Tarasca, y a partir del siguiente día llenábanse sus casas con la

Y hay también aquellos versos de Pedro Vargas:

Como tomastes, Aldonza,
de la Tarasca modelo,
por eso traes el pelo
con trenzas de jerigonza.

Con un solo figurín al año, fácil es adivinar que no variaría mucho ni muy de prisa la indumentaria de la época. Así, en tiempo de Felipe IV, y aun de Carlos II, usábanse en España modas análogas a las que en Francia se estilaban al principio del reinado de Luis XIII, y en el atavío masculino vemos que aquí se llevaban las calzas, el jubón y el ferruero, cuando la Corte de Versalles había iniciado ya la casaca, que comienzan la evolución hacia las modernas vestiduras.

Había la Tarasca, que era como el Sol de aquel sistema planetario, y luego la Tarasquilla y el Tarascón, a más de los Gigantillos, que también formaban parte de la comitiva, y servían entre todos para exhibir las mayores variedades del indumento. Antes de que la procesión siguiera su carrera acostumbrada, por las calles entoldadas y con el suelo cubierto de finísima arena, sobre la que se extendía una alfombra de flores y hierbas de olor, la gente acudía al venerable templo de Santa María, la parroquia que tenía prioridad sobre todas y recibía la denominación de Iglesia Mayor. En este templo, cuyo Cabildo ocupaba el décimocuarto lugar de los parroquiales, o sea el último en las procesiones del siglo XVII, porque el orden que se llevaba era el de que fuese postrero el de más alta antigüedad, hacíanse en su puerta las danzas sagradas. Y por cierto, aunque no se tratase de un día del Corpus, sino de Santa Ana, que era fiesta solemne en Madrid, como Patrona de la villa, cabe recordar que a danzar en aquel sitio iba Preciosa, la inmortal gitanilla de Cervantes.

Y a más de ser el escenario de los bailes a lo divino, éralo también para la exhibición de la Tarasca y su grotesca corte, donde más a su sabor que en la marcha procesional podían las curiosas y los curiosos informarse despacio y al detalle de las más caprichosas variedades en el vestir, que a veces podía hacer inútiles la imprevista promulgación de una pragmática suntuaria.

El año 1772 prohibióse la Tarasca en las procesiones madrileñas; pero ya en ese tiempo Francia influía muy de cerca en nuestros usos cortesanos para que fuese necesario acudir a los figurines de la Tarasca y sus acompañantes la Tarasquilla y el Tarascón.

Ya no había, por lo tanto, peligro para los galanes que, estando con sus damas al paso de la procesión, exponíanse a tener que ofrecerles las nuevas galas de la propaganda tarasquil, a más del:

—¿Qué quiere vuestra merced que la ferie?

Lo cual no podía ser sino los consabidos confites del Sacramento y unos jarros de aloja, a más de unos cañutillos de suplicaciones (que son los que ahora llamamos barquillos) y con los cuales se divertía el refresco.

Pedro DE RÉPIDE



En el archivo del Ayuntamiento de Madrid se conserva como interesantísima curiosidad un antiguo diseño en que se pinta y dispone la manera en que se había de construir, para una procesión del Corpus, la Tarasca de que habla el pintoresco artículo de Répide. Y dice así la explicación marginal del proyecto: "Los movimientos que se han de ejecutar en la Tarasca, la cual ha de ir en una silla volante, con movimiento de entrambos brazos y la cabeza que se vuelva a una parte y a otra; y con los brazos ha de mover la cabeza de la sierpe. El mono de la guitarra, con movimiento en el brazo para tocarla. El bollero, con movimiento del brazo, dando bollos a la Tarasca. El mono de encima de la silla, en actitud de topar. El otro, que está encima de la sierpe, con movimiento para una y otra parte. Todo vestido al natural, con campanillas y cascabel donde le tocara.—Leonardo Alegre."

quedado dos cosas: el tío del higuí, que todavía aparece en los Carnavales, y los sabrosos bollos que por corrupción se llaman mojicones y entonces se llamaban tortas del mojigón, tomando su forma de los enormes botones que este grotesco personaje llevaba en su vestidura.

Y cuando llegaba la Tarasca, todos los ojos femeninos se fijaban en ella. Porque las más afamadas costureras, que entonces no se llamaban todavía modistas, y los maestros peluqueros más há-

cientela que acudía a encargarse los trajes que habían de estilarse aquel año:

Así, era cantar muy repetido en los pueblos cercanos a la corte aquel que decía:

Si vas a los Madriles
día del Señor,

tráeme de la Tarasca
la moda mejor.

Y no te embobes,
que han de darte en la cara
los mojigones.

Cultura y civilización

Pío Baroja ha publicado unas *Divagaciones sobre la cultura*. Ninguna obra de Pío Baroja puede serme indiferente. Pocos escritores me incitan al diálogo con la intensidad que ese fuerte pensador. ¿Queréis, lectores, que divaguemos también nosotros señalando nuestro comentario al margen de esas páginas?

«La palabra civilización es la palabra de un francés; la palabra cultura es la palabra de un alemán... El pueblo francés es esencialmente civilizado, y el pueblo alemán, esencialmente culto.»

He aquí una cuestión que no es nueva para mí. Recuerdo haber consagrado a ella, al principio de la guerra, un artículo que pasó luego a ser capítulo de mi libro *La guerra a través de un alma*.

La base primera de mi decisión en favor de los aliados, aparte la razón ocasional del conflicto, fué precisamente la defensa de la civilización contra la cultura.

Pero ¿cuál es la distinción entre uno y otro concepto? Veamos cómo lo aprecia Baroja:

«La cultura se refiere más al conocimiento puro; la civilización se relaciona más con el conocimiento práctico. La cultura es el contenido de la ciencia en su valor intelectual; la civilización es la misma cultura, más penetrada en la esfera ética, artística y en la vida social... Para el historiador alemán Chamberlain, la cultura es principalmente creación y arte; en cambio, la civilización evoca, según él, una vida social de hormiguero. Para este escritor, Atenas es cultura; Roma, civilización... En el lenguaje corriente, la cultura se refiere, principalmente, a la ciencia, al saber; la civilización, a la ética, y el buen gusto, a la estética.»

Estas distinciones se me antojan un poco vagas y empíricas.—Yo creo que la cultura es el género. La civilización es la especie; es la cultura política y social. En cierto modo, la cultura es el medio para la civilización; pero también, en cierto modo, la dificultad. ¿Por qué? Es una singular e interesante paradoja. La cultura es la función por la cual se extraen de una masa humana las aristarquías (obsérvese que las distingo de las aristocracias, o falsas selecciones, fundadas en circunstancias ajenas a la personal superioridad). La cultura se ejerce sobre una minoría. Es, a su manera, un cribado social, o, si se quiere, una destilación, una quintesencia. La capacidad de cultura es patrimonio de muy pocos. Pero ¿cuáles son sus fines? Baroja los clasifica en esta forma:

«Se podría encontrar tres posiciones ante la cultura: primera, la de los que consideran la cultura como una organización reflexiva para la felicidad del hombre; segunda, los que tienen el principio de la cultura por la cultura; tercera, los que consideran que la cultura tiene como fin principal intensificar la vida. En los primeros, en los partidarios de la cultura por la felicidad, incluiríamos a todos los pensadores de índole utilitaria; en los segundos, en los partidarios de la cultura por la cultura, entrarían casi todos los filósofos alemanes modernos; los terceros, los que pretenden la intensificación de la vida por la cultura, estarían presididos por Nietzsche.»

Yo creo que esta clasificación se corresponde con la de los fines del arte: el arte por el arte, el arte docente y el arte transcendental. Véase la exacta correlación con ellos: cultura por la cultura, cultura por la felicidad, cultura por la vida intensa.

Pero el peligro está en la confusión y en la mutua intrusión de esos tres tipos de cultura, que pueden y deben coexistir, porque la primera clase de cultura es la ciencia, y se atiene a los fines intelectuales; la segunda es, exactamente, la civilización (alta forma de la moral), y se atiene a los fines de la voluntad; la tercera es el arte, o, más propiamente, la poesía, y se atiene a los fines de la sensibilidad.

La cultura, por razones de evolución histórica, se ha ejercido en pequeños núcleos humanos. Cada pueblo, cada nación, ha tenido la suya. No ha habido, hasta nuestros tiempos, noción de solidaridad humana. Todo lo contrario: esas culturas locales se han formado a costa de la infelicidad de grandes masas esclavas, de bárbaros, que proporcionaban la ayuda material de una cantidad al servicio de la fuerza cualitativa y espiritual de los dominadores.

Si Roma fué ya civilización, lo fué por haber dado al mundo el primer sentido de ciudadanía universal, cuando asumió la concidadanía innumera de sus propios súbditos extranjeros o bárbaros, de los cuales había de ser víctima. Y el cristianismo, según la norma que le dió Pablo de Tarso, se correspondía con ese afán desbordante de fraternidad, superior a las distinciones de raza o de país. La palabra católica, universal, expresaba perfectamente ese sentido.

Pero aconteció con ese concurso de afinidades espirituales lo mismo que con el concurso de afinidades materiales de los legionarios bárbaros que nutrieron los ejércitos de Roma: los auxiliares pasaron a ser enemigos, destructores y dominadores. Paralelamente a la invasión bárbara militar, otra invasión bárbara espiritual destruía la vieja y fuerte cultura pagana. Fué esto un daño evidente para la cultura. ¿Lo fué también para la civilización?

Es evidente que las selecciones humanas serán tanto mayores cuanto más copiosa sea la masa humana de que han de ser extraídas. La marcha progresiva de la Humanidad se ejerció, durante muchos siglos, esporádicamente; cuando a una cultura venían a juntarse materiales nuevos, como leña para alimentar la formidable hoguera del espíritu, esos elementos no podían sentir ningún amor humano por sus amos crueles o indiferentes. Y lo que debió fundirse en el gran depurador humano se convertía en factor de violencia y destrucción.

Las dos formas de cultura por la felicidad y cultura por la intensificación vital son, a diferencia de la cultura por la cultura, formas de irradiación de la cultura más allá de sí misma; reacciones contra la fórmula de la cultura inmanente. Pero así como la intensificación de la vida es fórmula que atañe sólo al individuo, la cultura por la felicidad es un ideal colectivo. Es, exactamente, la civilización.

A principios de la Edad Moderna, el mundo presenció de nuevo el fenómeno de la contraposición entre Roma y los bárbaros, en una angustiosa antítesis entre cultura y civilización, entre la causa de la ciencia o del arte y la causa de la moral. Me refiero a la contraposición entre Renacimiento y Reforma. Lo que representaba históricamente la Protesta germánica era el derecho individual, esto es, humano, contra el parcialismo de Roma.

La lucha entre la aristocracia feudal y la burguesía, ¿qué otra cosa fué sino una lucha entre los intereses del mayor número, del demos, o sea de la civilización, contra los de la cultura parcial y restrictiva? La Revolución francesa, que remató la cultura neoclásica y pronunció la romántica, fué un triunfo de la civilización contra la cultura.

En nuestros días, no ha sido sólo la guerra lo que ha contrapuesto una vez más el *culturismo* contra el *civilismo*. La lucha entre los ideales socialistas y la vieja sociedad basada en una cultura localizada, es una clara continuación de la eterna lucha entre los dos principios aparentemente enemigos. Pero yo creo que nunca se ha vislumbrado más claramente que hoy la futura concordia, la futura identificación de esos dos principios, para dirigir su lucha, unidos, contra la naturaleza, domándola y sustituyendo con ella las antiguas esclavitudes humanas, ya que el valor primario de la cultura es la «reflexiva reacción de la inteligencia sobre lo espontáneo de la naturaleza viva», como nos dice el propio Baroja. Precisamente la alianza del intelectualismo con el proletariado forma el espíritu y la materia de la doble fuerza que ha de derrocar la sociedad vieja.

Y el fenómeno de la incorporación de Rusia en la civilización renueva el desequilibrio que acompaña siempre a esas incorporaciones históricas. Las culturas locales o parciales sucumben tal vez bajo esos nuevos empujes; pero la civilización cobra nuevos valores e intensidades nuevas.

El secreto primordial de esa armonía entre la cultura y la civilización está en un impulso que de cada día toma proporciones mayores. La vida intensificada de los hombres excepcionales o, si se quiere, geniales, no se limita ya a la excelencia suprema de la sensibilidad o facultad estética, sino que esa hiperestesia o mayor riqueza de vibraciones se traduce en excelencia ética, esto es, sensibilidad también, facultad de vibrar con el dolor ajeno; sentido de un deber de paternidad respecto a las masas, como si se les debiera infundir el espíritu ausente y ayudarlas a levantarse sobre su inveterada y atávica postración.

No, amigo Baroja; yo no creo que «en nuestro tiempo aumente el número de trabajadores científicos, y el tipo del moralista y del utopista desaparezcan».

Otras palabras de Baroja se refieren a la distinción entre las dos culturas capitales del mundo actual: la germánica y la latina. Y dice: «La cultura latina busca la unidad; la cultura germánica, la diversidad. La cultura latina ha defendido siempre el dogma, la autoridad; la cultura germánica, el libre examen; la una ha amado el cuartel, la plazuela y el foro; la otra ha amado el taller, el interior, en donde cada hombre es una conciencia libre; la una es cultura de leguleyos, de oradores y de soldados; la otra es cultura de trabajadores y de artistas; la una tiene el sentido psicológico de lo humano, de lo demasiado humano; la otra, el amor de la Naturaleza y de las cosas... Para mí la segunda, la cultura germánica, es más simpática.» ¡Oh, singular contraposición histórica! Observad, lectores, que nosotros, los que al estallar la guerra encaminamos nuestras simpatías en favor de la causa de los aliados, lo hacíamos porque Alemania se nos presentaba con las características que Baroja atribuye a la cultura latina. Y es que un pueblo no tiene una misma fisonomía a través de los tiempos, ni le está encargada una sola y uniforme misión histórica. Yo no quiero dilucidar ahora si la Roma republicana, la imperial o la papal tuvieron aquella caracterización que atribuye Baroja al latinismo. Lo que sé es que la Alemania *cesarista* (la palabra es latina) tuvo esos caracteres en el momento de estallar la guerra, bien diferentes de los que tuvo la Alemania romántica. Esas síntesis resultan, por lo menos, aventuradas y peligrosas...

Gabriel ALOMAR

Las joyas de Gaby Deslys

Ya parecía sumergida para siempre, en las aguas del Leteo, del río del olvido, la grácil figura... Veinte, treinta, unos cuantos ligeros días bastaron para que sobre el recuerdo de Gaby Deslys extendiera el tiempo su sombra avara... Hace poco era una flor cuyo perfume llenaba el mundo dorado y galante; ahora es una forma inerte envuelta en un sudario triste... Han rodado dos meses desde que la noticia invadió vorazmente las gacetas, y ya apenas nos queda el rumor de Gaby Deslys como el de un ruiseñor que se disipa en la noche...

Pero he aquí súbitamente resurgida a la notoriedad, quiero decir al brillo de la letra de imprenta, la evocación de la artista fenecida. Como en una vasta bóveda de tinieblas luciera un punto brillante, así en las tenebrosas fauces del olvido se ha hecho un fulgor. Y es en las columnas de *Le Temps*, de esa hierática y solemne gaceta francesa, en donde yo acabo de ver reflejada la refulgencia que de nuevo atrae hacia la memoria de Gaby Deslys la mirada golosa de los epicúreos. ¿No la vieron, amigos míos, también? Inconvenientes de no leer la tercera plana de *Le Temps*.

Ea, hagan la merced de escuchar. El día 28 de junio se ha celebrado en París la venta de las alhajas de Gaby Deslys. Su importe, por disposición testamentaria de la famosa artista—en una sonrisa final de sus lindos caprichos—va a ser distribuido entre los pobres de Marsella.

Y es hasta este punto donde se halla la parte más interesante de la noticia. Porque después viene un pasmado y atónito ¡ah! de *Le Temps* cuando comenta con gula y los ojos todo centelleantes de fascinación el prodigio del lote precioso; cuya venta estará dirigida—según nos cuenta el diario parisino—por... (aquí los nombres de los más esclarecidos joyeros) y asesorada, asistida, por el dictamen de... (aquí los nombres de los técnicos más sublimes). ¡Qué sé yo! Ahí dejó a *Le Temps* haciendo la maravillosa y balbuciente información de los collares, los *pendentifs*, las sortijas, los brazaletes, pendientes y pulseras, flechas y alfileres, las diademas y los *sprits*, los bolsos de oro y de platino; en fin—según el nítido resumen de *Le Temps*—, un *merveilleux écrin qui évoque tous les trésors des Mille et une Nuits*...

Pues estas Mil y una noches, en cuyos tesoros se ofrece espléndida y centelleante la generosidad póstuma de Gaby Deslys, van a fundirse en los crisoles de la compraventa mercantil para troquelar después unas monedas con las que socorrer pródigamente a los pobres de Marsella... La voluntad de la artista gentil se habrá cumplido. Y tal cual mendigo de Marsella, que jamás viera a la linda muñequita propietaria de tanta joya y de tanta riqueza, ni que nunca oyera hablar de la historia galante de Gaby, bendecirá su nombre y su memoria.

Ahora bien; no parece enteramente equitativa esta ofrenda que así va a socorrer a la pobreza de la gran ciudad mediterránea. Y aunque el mohín gracioso de la Gaby Deslys lo autorice todo, mucho me temo que haya por esas tierras del éxodo algún Rey destronado, algún Príncipe proscrito, magnates en ruinas o grandes señores en miseria, que se alcen, en el fondo de su conciencia, contra el arbitrario designio de la artista... Porque las joyas que el día 28 de junio se han vendido en París proceden, en su mayoría inmensa, de las riquezas y de las prodigalidades y de los galanteos de antes de la guerra. La magnífica genero-

sidad que fué esmaltando de pederería preciosa el precioso cuerpo de Gaby Deslys está asociada a la historia de Monarquías que se han hundido, de señorios que se abatieron, de principados de los que apenas queda la memoria incierta... Reyes, magnates y señores que ya no lo son regalaron a Gaby gran parte de esas joyas que ella dedica ahora tan piadosamente a los pobres de su ciudad predilecta. Quizá la riada terrible que arrastró imperios y desmoronó archiducados haya llevado entre sus légamos a Marsella, sedimentándolos en la baja capa de la mendicidad, a alguno de los opulentos galanteadores que antaño regalaban a la muñequita collares de un millón de francos. Y sería, en todo caso, más equitativo dar la preferencia a estos mendigos al repartir los tesoros de Gaby Deslys.

Yo estoy seguro de que si Gaby asistiera a este postrer fulgor de su notoriedad iría ella misma, con su blanca mano juecicera y pródiga, devolviendo cada joya a su respectivo donante de antaño, sumido hoy en la miseria. Y más de una diadema volviera a coronar alguna frente que se inclina abatida bajo la amarga nostalgia de la corona...

Luis de GALINSOGA

LECTURAS

Hemos recibido «El año pedagógico hispanoamericano» que corresponde al

1920 y que acaba de publicar D. Rufino Blanco y Sánchez, profesor de Pedagogía fundamental de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio y director de *El Universo*.

El nuevo volumen contiene 20 monografías de ciencia de la educación, una crónica mundial de la enseñanza y 2.000 noticias de otras tantas obras de Pedagogía, que resumen el movimiento de esta ciencia y de su historia durante los dos últimos años en las lenguas vivas más importantes del mundo, incluso griego moderno y japonés.

«El triunfo de Afrodita», novela de Carlos Chabault, traducción de Cansinos Assens, ha sido primorosamente editado por Mundo Latino.

Los últimos tomos publicados por la editorial Calpe son los siguientes: «Budapest», de Tomás Kobor; «Curial y Guelfa», anónimo catalán del siglo XV; «Últimas cartas de Jacobo Ortiz», de Hugo Fóscolo; «El camarero», de Ivan Chamelle; «Ciudades de ensueño», de Enrique Gómez Carrillo; «El ricachón en la corte», de Molière; «Historia de los musulmanes de España», de R. Dozy; «Notas sobre Inglaterra», de H. Taine.

Mundo Latino continúa con gran fortuna la publicación de las obras comple-

tas de Gómez Carrillo. El tomo VIII lleva por título «Flores de penitencia». Contiene los notables estudios religiosos del genial cronista a su regreso de Tierra Santa.

El éxito de las novelas del infatigable escritor Joaquín Belda queda confirmado con el hecho de que la editorial Hispania ha dado al público la tercera edición de «Saldo de almas».

Uno de los problemas más importantes de este siglo es el de saber cuál será el porvenir de la América española, amenazada por el imperialismo norteamericano y debilitada por las guerras civiles.

El notable escritor argentino D. Manuel Ugarte, que ha sido siempre entusiasta defensor de España en aquellas tierras y prestigioso campeón de la unión hispanoamericana, estudia el caso en su libro «El porvenir de la América es-

pañola», que provocó tantas polémicas cuando apareció por primera vez hace algunos años y que recobra palpitante actualidad a raíz de los acontecimientos últimos.

La segunda edición, corregida y aumentada, que acaba de publicar la editorial Prometeo, de Valencia, trae un prólogo nuevo y el retrato del autor.

El tomo IX del teatro completo del ilustre autor D. Manuel Linares Rivas, que edita la Biblioteca Hispania, contiene las interesantes comedias «Nido de águilas» y «Camino adelante».

Con el título de «Perfiles» ha comenzado a publicarse una revista notabilísima, tanto por su aspecto artístico y literario como por el lujo y originalidad de su presentación.

Dirige la nueva publicación D. Manuel Alvarez de Estrada.

GRAFICO HISPANO

GRANDES TALLERES DE FOTOGRAFADO

CALLE DE GALILEO, 34

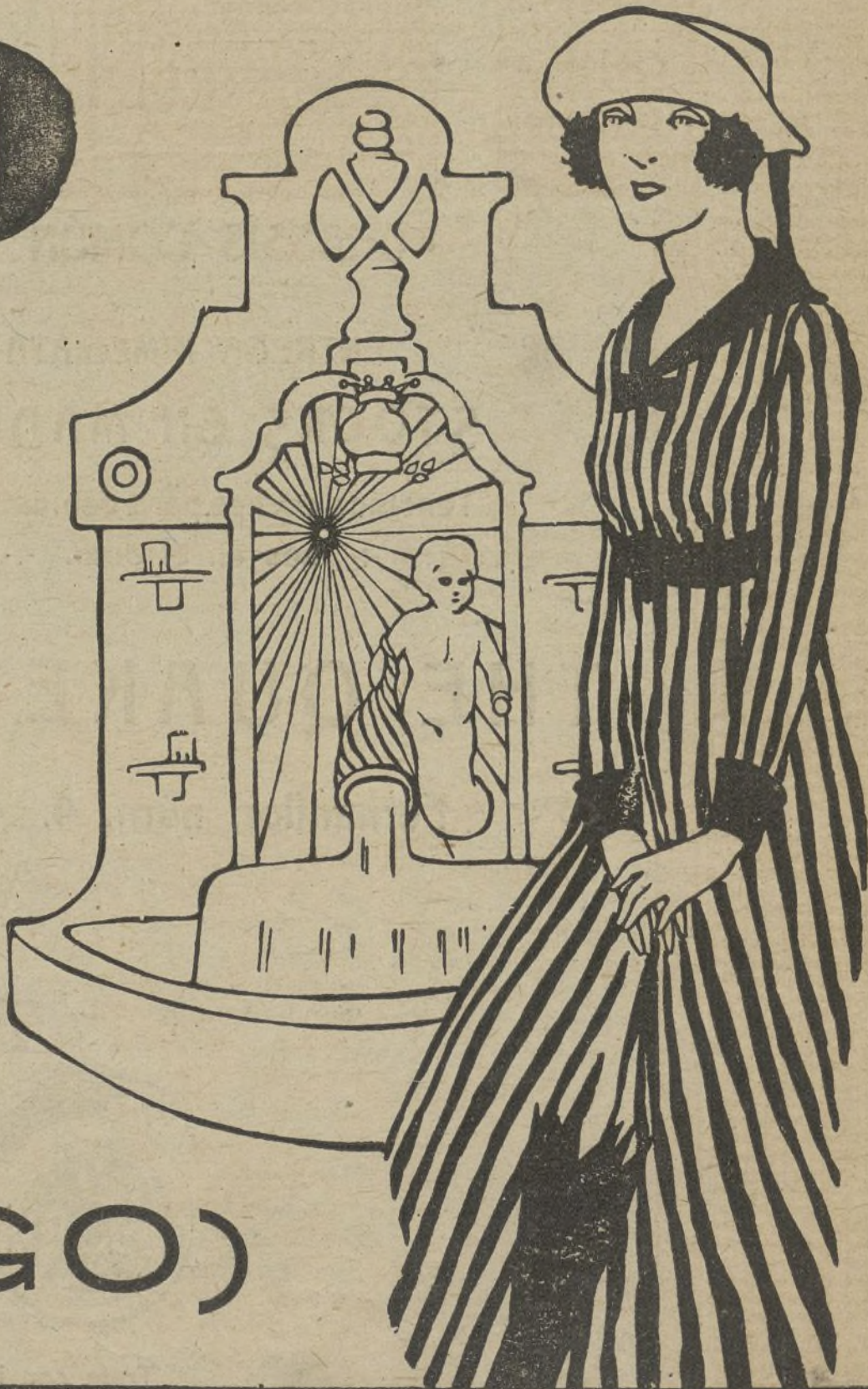
TELEFONO NUM. J 859

AGUAS DEL INCIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

Bóveda (LUGO)



Ford

EL AUTO UNIVERSAL

— DE LA —

Ford Motor Company

DE CADIZ

VOITURETTE de dos pasajeros.

DOBLE FAETON de cinco pasajeros.

CHASSIS COMÚN y DE CAMIÓN de una tonelada.

ENTREGA INMEDIATA

STOCKS EN MADRID

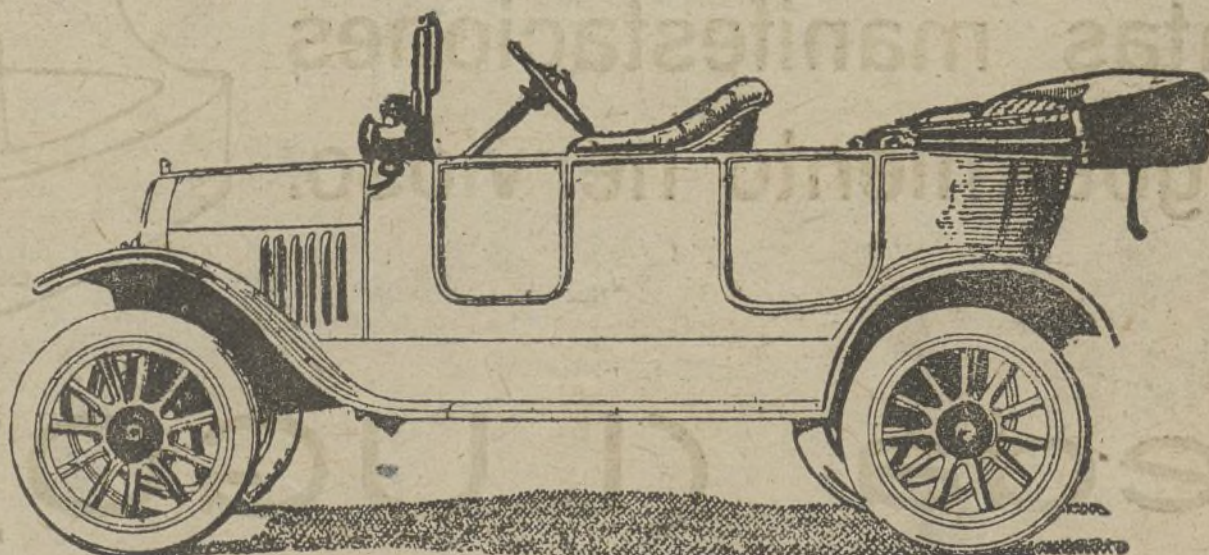
Tenemos coches para demostracio-
-:- nes en el acto. -:-

AGENZES EXCLUSIVOS
PARA

Madrid, Toledo, Avila,
Segovia y Guadalajara.

THE QUAKER CITY CORPORATION

— Fernanflor, núm. 4. — MADRID — Teléfono M. 30-50 —



Trate con insistencia de adquirir partes legítimas FORD.

profesional. La existencia pasada por los innumerables cedazos de las funciones y de los destinos es un festín del cual apenas se puede saborear un manjar. Cuando comenzamos a paladear un goce el mecanismo social nos lo arrebató. Muchos pocos: he aquí lo que hallamos como sedimento en el fondo de nuestros exámenes de conciencia.

No hemos hallado saciedad en nada y sabemos que es imposible conseguirla, y envejecer en ella, dentro de la entraña del hartazgo.

Lo que más estimamos son esas formas en que la vida es vida propiamente dicha—pez libre de la red de las defunciones—, y que son los únicos verdaderos jalones teleológicos: la música, la danza, la risa, el juego, etc.; pero siempre miramos esos deleites como bálsamos no usaderos en lo cotidiano.

El legado de la división del trabajo ha sido los especialistas, buhos amargos que sienten que todo el hervor de vivir se les escapa de las manos y del alma y no les deja actividad sino para otra forma de juego, que es el empleo de

la vida en el área de su especialidad. Y no se sacian porque alcanzan la magnitud de todo lo que desconocen, todo lo que les falta de aquellas fiestas en que cataron de un placer lejano y ajeno. Entonces comprenden que aun dentro del núcleo de su destino no llegan a gozar de la vida entrañable, como el gusano con la manzana o la abeja que escarba en los estambres.

AMIEL

El estilo de Enrique Federico Amiel no tiene edad. Su *Diario íntimo* está escrito en el mismo tono y con idéntica plenitud desde las impresiones de veintiocho años anotados en Berlín hasta las últimas páginas trazadas a los sesenta y uno, en vísperas de muerte. Y es que el alma de aquel melancólico germánico se desplazó pronto hacia las cosas, objetivándose en la edad menos propicia, y conservando en los períodos posteriores de la serenidad y la cordura aquella dulce santidad consistente en anidar en el corazón de lo diverso y uno. En su dadivosa tristeza, ansiosa

sólo de su cosecha de divinidad, se diseminó en los objetos, o puntualizando más, en los fenómenos de los objetos. Si alguien tuvo, no ya tan sólo el concepto, sino el sentimiento del idealismo transcendental, fué aquel místico generoso que llevó su confianza a las reconditas adonde no llegaba su conciencia. La vida de Amiel no se amontonó como aluvión de hechos, y por eso en ella el tiempo está desprovisto de ese amargo aspecto bergsoniano y genealógico que enturbiará nuestras memorias cuando osemos escribirlas.

El mayor de sus temores fué el que experimentó ante la posibilidad de poseer las cosas, de destrozar con la codicia aquello que sólo puede ser amado respetuosamente. El sentido religioso de la vida le impidió descollar como poeta o como catedrático, y desde muy joven le mantuvo lejos de la soberbia científica que quiere esclarecerlo y dominarlo todo. Fué, sin duda, su candor de místico lo que mantuvo fuera del tiempo a su estilo, y la sonrisa del renunciante.

te le dió como premio la certeza de que, aun viendo desfilar muchos años, no existe mas que una sola Primavera, única y eterna.

OFERTORIO

Los que hemos amado, los que hemos delinquido y no somos tan pobres de espíritu como Lemaître, que creía en la indiferencia de Sirio, solemos en la ambigüedad de los crepúsculos atravesar la ciudad e irnos en su periferia por una ronda desolada o por los paseos dominadores como senderos de acantilado. Y entonces, abrumados de civilización y de algoritmo, con las yemas de los dedos profanadas por haber tocado durante el día las cosas, les enviamos un beso a las recién nacidas estrellas de occidente, donde quizá no haya seres conscientes, ni vegetación, ni atmósfera; pero donde reside un principio sentimental, batidor y heraldo de la Biología, que parpadea en los cielos como el primer fundamento de la razón de ser del mundo.

Mauricio BACARISSE

ELEONORA DUSE, LA TRÁGICA

La pompa de Eleonora Duse se ha deshojado en una pobre gaceta. Leed el epitafio periodístico:

«Para tener derecho a la pensión que le corresponde como viuda del vicecónsul Chechi, la Duse acepta trasladar su residencia a la Argentina.»

He aquí, en tres líneas impávidas, la tragedia real de la gran trágica. He aquí las deslumbrantes llamas de *Il Fuoco* trocadas en cenizas de Redacción.

Toda memoria noble evocará, ante la gaceta plebeya, aquel amor universal en que los nombres de Eleonora Duse y Gabriel D'Annunzio eran el sortilegio de la gloria. Cuando la actriz «de las bellas manos» tenía majestad y honores de reina. Cuando su nombre lírico de Eleonora resonaba como un clarín victorioso.

Fué en Madrid, desde el «paraíso» de Apolo, bajo el invisible penacho estudiantil, entre una guardia joven de poe-

tas, cuando, ilusionados y atónitos, hicimos la primera ofrenda de emoción a Eleonora Duse. Fué nuestra primer novia imaginativa. Era ya un sol poniente, y fulguró como radiante medio-día en nuestro corazón colegial.

Traía todos los prestigios, todas las seducciones del Arte. Era algo más que una hermosura, puesto que era el amor de Gabriel D'Annunzio, y algo más que una fama, puesto que humillaba al escándalo. Su alta dignidad escénica ostentaba el ímbo fabuloso de las precursoras. Por su boca augural supimos de Ibsen y de Maeterlinck; esto es, del santo advenimiento dramático. Y ella, que había revestido clásicamente la túnica de *Fedra* y de *Cassandra*, prestó elocuencia y emoción al comedor moderno de *Interior* y a los guantes inquietos de *Hedda Gabler*.

Fué la admirada y la iniciadora. Su dearguía de enamorada y de actriz ni tuvo ni ha tenido par. Así, cuando una noche la guardia joven de poetas acudió a despedirla al surexpreso de Irún, aquel ramo de flores costado por suscripción universitaria era en «las bellas manos», más que el cetro de Teodora, el anillo de Scherazada...

Ignoramos la vida de este sol escénico, desde su eclipse de veinte años hasta este inesperado declinar, que, más que ocaso, es un apagamiento. ¿Cómo y por qué funestas vías la que fué reina del teatro universal, pareja del poeta más grande, intérprete genial del genio, ha venido a parar en este hoyo profundo de pensionista?

La noticia, al correr por los periódicos, no trae contraste y garantías de certeza. Acaso es un rumor de saloncillo. Tal vez el eco de un maligno cuchichear.

Pero, verdad o no, es de una tristeza infinita. La caída social de Eleonora Duse, precipitada del Olimpo escénico a los pasillos de una oficina pública, es un dolor humano digno de una estampa de Holbein o de una copia de Jorge Manrique.

Ante esa pensionista enlutada que, ocultando en el velo de su viudez toda la angustia de un hogar, presenta al ventanillo del Tesoro su documentación en regla, surge aquella otra dama, opulenta, enguida y triunfal que, atravesando Europa, viaja en los expresos y en los yates desde Milán a Cristianía y es re-



La gloriosa trágica representando «Romersholen» en el Teatro Nacional de Cristiania

cibida en la capital noruega por el genial malhumorado Enrique Ibsen. Sensibilidad inagotable, refleja como un lago las nubes tempestuosas y los cielos de luna clara. Es la inmortal inspiradora de *Il Fuoco* y la memorable actriz de *Hedda Gabler*. Tiene el alma supersticiosa de la *Hija de Yorio* y la pasión por el misterio de *Monna Vana*. Siente las profecías de *Cassandra* y las rebeldías de *Nora*...

¿Cómo explicarse este avatar? Cuando Gabriel D'Annunzio, embriagado de lujo y sabiduría, emula al rey de los *Proverbios*, haciendo de la *Capocina* una suntuosa miniatura de Jerusalén, la Duse llega al parque escoltada de caballeros y abrumada al peso de las joyas, como una Belkis.

No hubo mujer contemporánea tan halagada y refulgente. No presenciaron nuestros tiempos precursores una imprevisión tan magnífica. No se atavió nunca en nuestra época cuerpo femenino tan

pomposa y magníficamente como el cuerpo de Eleonora Duse.

¿Y es posible que este reinado, proclamado por esa trinidad de genios que se llaman D'Annunzio, Ibsen y Maeterlinck, termine en un decreto de pensión? Toda alma noble resistirá tan ruin certeza. Aun vista con los propios ojos la caída social de Eleonora Duse, no será creída por nadie. Sobre la vejez, sobre la pobreza, sobre la soledad, caerá piadosamente un velo de fantasía y romanticismo...

Esa mujer envejecida, desamparada, errante en su pobreza de Belisario, no es Eleonora Duse. Eleonora Duse murió hace ya veinte años, en el esplendor de su gloria, amortajada en el soberbio lecho imperial de la *Capocina*, bajo un solio hecho con tapices del Perugino y teniendo en «las bellas manos» el Cristo que tallara Benvenuto en marfil de Góndola.

Cristóbal de CASTRO



Eleonora Duse con el director del Teatro Nacional de Cristiania.

EL-SASTRECILLO MATASIETE

— Sacado de un cuento de los hermanos Grimm —

ESTABA un sastrecillo de portal cosiendo y cantando en su tenducho, cuando vió lo menos treinta moscas queriendo comerse un plato de requesón que acababa de comprar para postre.

—¡Bribonazas!—gritó el sastre—. ¡Quién os manda venir aquí! ¡Fuera! ¡Fuera!

Las moscas no le hacían maldito el caso, y el sastre entonces empezó a repartirles zurriagazos con el paño que estaba cosiendo, hasta que siete cayeron muertas en el suelo y las demás se marcharon por la puerta.

—¡Eh!... ¡Siete! ¡Siete nada menos han muerto!—se dijo el sastrecillo, orgulloso—. ¡Soy invencible! ¡Siete!...

Y decidió cerrar la sastrería y marcharse a correr mundo.

Así lo hizo. Se puso el traje nuevo, se compró un cinturón con unas letras doradas que decían: «Maté siete de un golpe», y se encaminó a la corte.

Por dondequiera que pasaba era el asombro de las gentes. Vaya un hombre de valor, ¿eh? ¡Luchar con siete, y a los siete matarlos de un golpe!

Sucedió que, yendo por el bosque, se encontró con un gigante.

—¡Hola!—dijo el sastrecillo.

—¿Hola?—exclamó extrañado el otro—.

—¿Y quién eres tú para tutearme así?

—¡Que quién soy yo? ¡Friolera!—respondió el sastre señalando el cinturón.

—«Maté siete de un golpe»... ¡Ya se necesita fuerza! Pero yo tengo más. Mira...

Cogió una piedra el gigantón y la estrujó hasta que chorró agua de ella, como si hubiese sido una esponja.

—Yo también lo hago—dijo el sastre.

Y se agachó para coger otra piedra igual; pero, en vez de cogerla, sacó del bolsillo un pedazo de requesón que llevaba guardado, y el gigante abrió un palmo de boca al ver que despachurraba la piedra como si fuera de manteca.

Entonces el coloso, arrancando un árbol de cuajo, dijo al sastre:

—Vamos a llevar a cuestras este árbol entre los dos, y a ver quién se cansa antes.

—Vamos.

El sastrecillo dejó que el gigante fuera delante de él, y en cuanto éste se hubo echado el árbol al hombro, en vez de sostener el otro extremo, se encaramó encima de las ramas y se dejó llevar tan ricamente.

Pronto comenzó a sudar el gigante, y llegó un momento en que se paró, con la lengua fuera, y dijo:

—Yo no puedo más—. Y soltó el árbol.

El sastrecillo saltó a tierra de un brinco y dijo a su rival:

—¿Ves? Yo, tan fresco... Ni sudo, ni me canso.

Entonces el gigante quiso que se quedara con él para trabajar juntos; pero el sastre deseaba que se enterase todo el mundo de que había matado a siete de un solo golpe, y se marchó.

Cuando llegó a la corte fueron en seguida a decirle al Rey que se paseaba por las calles un héroe famosísimo que

había vencido a siete, y el Rey quiso que se le presentara en el acto.

—Mira—le dijo el

Rey—. Ve al bosque y vence a unos gigantes que tienen atemorizado a todo el reino. Si los matas serás el esposo de mi hija. ¡Conque a ver si pruebas que eres un valiente!

—En seguida—contestó el sastrecillo—. Vencer a dos no es nada para un hombre como yo, que mató a siete.

Una vez en el bosque, se llenó el bolsillo de piedras y se subió a un árbol.

Cuando fué de noche, llegaron los dos gigantes a dormir bajo el árbol. Pronto roncaban, y, entonces, dejó el mozo caer una piedra sobre la cabeza de uno de ellos, que se despertó muy rabioso creyendo que el compañero se divertía en no dejarle dormir. Luego de discutir, volvió a cerrar los ojos, y entonces Matasiete tiró otra piedra a la cabeza del otro gigante. De nuevo disputaron y de nuevo tornaron a roncar. Pero esta vez el sastre dejó caer dos piedras; una sobre la frente de cada uno de los gigantones.

Ciegos de furia entonces, se levantaron los dos, y, arrancando un árbol cada uno, se arremetieron con tanta furia que acabaron por quedar muertos ambos.

Cuando lo supo el Rey se asombró mu-



cho; pero temió que el mozo pudiera hacerle la guerra si vivía, y, en vez de cumplir su palabra, le encargó otra hazaña para que pereciera.

—Si eres capaz de traerme vivo el unicornio, te haré general de mis ejércitos, además de casarte con mi hija—le dijo.

Y el sastre contestó:

—¡Pues ya lo creo! Eso es un juego de chicos para un hombre como yo, que ha matado a siete de un golpe.

El unicornio era una especie de caballo salvaje que tenía un cuerno en medio de la frente. A todo el que topaba le ensartaba con aquel pincho enorme, de un metro o más de largo.

Cuando vió al sastre se retiró el unicornio para tomar carrerilla y embestir con más fuerza. El sastrecillo se puso recostado en un árbol y esperó, sin moverse, la acometida de la fiera. Esta llegó a toda velocidad; pero en el momento en que iba a hincar el cuerno en el pecho del sastre, se retiró este, y el cuerno se

clavó en el tronco del árbol, tan fuerte, que el animal quedó preso, sin poderse desclavar por mucho que tiraba.

El sastrecillo le cortó el cuerno de raíz con un hacha, y atando una cuerda al cuello de la fiera se la llevó a palacio, igual que si se tratara de un cordero.

El Rey quedó maravillado y se disponía a cumplir su promesa, cuando todos los oficiales de sus tropas, ofendidos y envidiosos porque habían de tener en el Ejército a un hombre más fuerte y más valeroso que ellos, inventaron calumnias a costa del intruso y convencieron al Soberano de que le encargase de otra empresa de más peligro aun, para que sucumbiera.

Había en el monte un jabalí feroz que destrozaba a cuantos cazadores le hacían frente.

—Si eres—dijo al sastre el Rey—tan bravo como cuentas, ve y caza al jabalí, y te daré la mitad de mi reino.

—Pues cosa hecha—respondió el tunantón.

En el monte encontró al jabalí. Gruñía que daba espanto y tenía unos colmillos

con puntas como agujas. Resopló en cuanto vió al sastre y arremetió contra él.

El sastre, que se había puesto muy cerca de una casuca abandonada, echó a correr y se coló dentro de ella; el jabalí, que estaba a punto de alcanzarle, se metió por la misma puerta detrás de él; pero el sastrecillo saltó por la ventana, y el jabalí, como era muy pesado, no pudo saltar, aunque quiso, y mientras lo intentaba fué por fuera el sastre y cerró la puerta de la casa, dejando dentro preso al jabalí.

Una vez allí dentro, pudieron matarle fácilmente, y el sastrecillo fué aclamado por todos como un héroe invencible.

La Princesa se enamoró de él, los guerreros prefirieron hacerse sus amigos, no fuera que se incomodara y, de siete en siete, acabara con todos, y el Rey le concedió cuanto le había prometido.

De este modo vivieron todos juntos, en paz y muy felices.

Juan DE LAS VIÑAS

Dibujos de BARTOLOZZI.



ARTE OLVIDADO

LEONARDO ALENZA, EL PINTOR MADRILEÑO

El costumbrismo en el arte de 1830.—Los dibujantes y pintores liberales.—La influencia del espíritu de Goya.
El espejo de una época revuelta y pintoresca.—La línea y el color netamente españoles.



Un mendigo.—Dibujo, nunca hasta ahora publicado, de Leonardo Alenza.

EN estos días en que el primaveral encanto se rinde ya a las avanzadas del estío y en los que la bullanga verbenera acentúa usos y abusos, conviene, por su oportunidad y mérito, rendir un devoto tributo al arte de un pintor madrileño, malogrado en flor, que, como ninguno, supo comentar con su pincel o con su lápiz los tipos, hábitos y costumbres del pueblo en que nació. Y es este artista Leonardo Alenza.

Leonardo Alenza y Nieto nace el día 6 de noviembre de 1807 y muere el 30 de julio de 1845. Compréndese, pues, entre estas dos fechas una serie de sucesos que la Historia ha juzgado ya como de entre los más gloriosos de nuestra España: lucha y victoria con tenaz enemigo, proclamación de derechos individuales amplia propagación del pensamiento y firme empeño en su conservación. Pero de una parte el medio absolutista y servil en que Leonardo nació y vivió, y de otra su apocado carácter y enfermiza condición, hicieron que el espíritu del artista bautizado en la parroquia de San Andrés no exteriorizase con sañuda violencia aquella turbulenta época.

El padre de Alenza, don Valentín, fué un presumido bibliófilo y poeta, amigo de aquel D. Diego Rabadán, librero de viejo de la plaza de las Descalzas, que llegó a tener cierta nombradía y popularidad por sus extravagantes y disparatadas composiciones, a las que tan sólo servía de disculpa su exaltado patriotismo. Había casado D. Valentín con doña María Nieto, y de ella tuvo a Leonardo; pero fallecida ésta, al poco tiempo contrajo el padre nuevo matrimonio con una doña Micaela, que había de sobrevivir a don Valentín y al hijastro, para aprovecharse, sin duda, de las aficiones del uno y

del talento del otro. Era doña Micaela un pintoresco y extraño compuesto de enfático y petulante trato, unas veces, y de fiero desgarrar las más. Tan pronto se adentraba por el campo de la mitología, como contestaba con un «vuelvo, que me están peinando», estribillo en ella muy usual.

Corría el año 1823 y reinaba en España aquel abyecto y traidor séptimo de los Fernandos. A la sazón tendría Alenza los dieciséis años, y no parece, por los escasos dibujos que a sus ideas políticas dedicó, que participase de los absolutistas entusiasmos paternos. Tal vez por su feble naturaleza, no pudo sentir el encendido y lógico apasionamiento del luchador, y comprendiendo quizás lo inútil del esfuerzo, dióse entonces incansable al estudio y perfección de su arte. Y de las enseñanzas de D. José Madrazo, en la Academia de San Fernando, y de don Juan Rivera y D. José Aparicio, en sus respectivos talleres, dejóse llevar para bien adiestrarse en la pintura. Eran los tres maestros los genuinos y más puros representantes del clasicismo que en la vecina Francia había implantado Luis David.

Pero tal escuela no podía arraigar en nuestro suelo, porque, dichosamente, era mucha la pujanza y rebeldía que se iniciaba para que a toda una castiza tradición se la diese de lado por almibarado procedimiento. Al pasar la frontera el clásico romanticismo francés encontró firme valladar en el indomable sentimiento de los Alenza, Tejeo, y Elbe, y Esteve, y Esquivel, y Ortego, y Villaamil, y Eugenio Lucas. Leonardo Alenza, más fervido devoto del maestro, abandonándose a la corriente con cierta delectación, dióse a imitar a Goya y tras él anduvo

ya toda su vida. De similar temperamento al del sublime sordo de Fuendetodos, buscó, como él, en el hecho vulgar y repetido de la vida la inagotable fuente de su inspiración, y, como él, trató de perpetuar en nuevos «caprichos» el concepto que su libérrimo criterio y fina intención le dictaban.

Los motivos picarescos o graciosos, que nunca faltan en sus obras, son puro almibar si se les compara con las amargas hieles del maestro. ¿Causa indudable de ello? La diferencia de fuerza creadora. Lo que en el uno es arrolladora energía, en el otro es ironía sutil; lo que en aquél vigor indomable, en éste blando comentario; lo que en Goya impulsó, en Alenza tan sólo contenida frase. Pero no fué perdido para el artista el tiempo empleado en su labor imitativa; labor que debió de ser realizada allá por el año 1830, pues por tales trabajos hízose, en gracia a la práctica adquirida, el primero de los dibujantes de su tiempo. Mas confiado ya en sus propias fuerzas, rompe un tanto la traba de la imitación y dedícase por las noches a trazar y dibujar lo visto durante el día. Los largos y solitarios paseos que acostumbraba a dar por los barrios extremos de su Madrid, el río y las afueras, sus lugares preferidos, pro-

parisiense, completado con los botines a la farolá; ora el presumido embozado a lo Almaviva, vistiendo el frac de azul de Prusia, gris claro o verde pistacho; ya es la franca, desenvuelta y airosa manola, tocada con terciada mantilla de terciopelo, pañuelo al cuello y falda corta; ya la madamita sensible, entregada a deliquios amorosos a fuerza de éter y vinagre, romántica flor de sarao. Con igual interés llega al melenudo poeta que sigue ciego a Espronceda en sus lamentaciones por Teresa, que al exaltado patriota concurrente a Lorencini o la Fontana de Oro, enardecido ante el cáldido verbo de Alcalá Galiano o la henchida rima de Nicasio Gallego. Tan pronto es el afrancesado entusiasta por las traducciones de Picard y de Scribe, como el apasionado por Montresor, ruiseñor de la época, o por la Fábrica y la Cortessi, artistas líricas en boga. Para los majos y caleseros que dirimieron sus diferencias por Montes el diestro cuchilla en mano; para los zaheridos por el eterno y lozano Figaro; para los acaudilla-



Esquileo general.—Dibujo inédito.

porcionáronle siempre variados motivos a su incesante inspiración.

Su fino talento observador tenía tal retentiva, que al estudiar la obra llevada a cabo por recuerdo, más nos da la impresión de un reflejo directo del natural que de trabajo realizado de memoria. La pluma de ave que siempre empleó para sus dibujos obedece dócil a la fuerza creadora; fácil en el diseño, recoge el menor detalle del natural, impregnando el trazo de movimiento y brío. De cada estudio, de sus toques, acentuados o ligeros, siempre característicos, desprende el penetrante aroma de lo profundamente sentido y analizado. Es en 1840 cuando llega a la perfección sintética, y en los tipos, usos y costumbres de su tierra, filón inagotable de su arte, busca incansable la suprema expresión de su gran talento: ya es el harapiento grupo pediguño expurgándose al sol; ya el empingorotado tónico o lechuguino, vestido por Artet, calzado por Galán y abombado su pelo por Falconi, que eran el sastre, el zapatero y el peluquero a la moda por entonces; ora el asiduo concurrente a la Academia de baile de «Besuguillo», cabecera de contradanza y gavotero, totalmente rasurado, ceñido su cuerpo por las exigencias del último figurín a la

dos por Concha y los seguidores en la Prensa de Bravo Murillo y Joaquín María López; para los que compusieron el Parnasillo y crearon el Liceo; para todos tuvo de continuo el trazo de Leonardo Alenza su comentario donoso, jamás mortificante; él, singularmente, fué el que, con un arte independiente y libre, perpetuó una época tan varia en acontecimientos como provechosa en consecuencias; pero a pesar de su independencia y libre modo, cómo se aferraba a su tiempo y su lugar! Y por eso su línea y su color fueron constantemente un corolario español, y, sometidos a juicio más especulativo, mejor que español, madrileño. A buen seguro que de haberse exteriorizado su talento en la escena, los tipos de sus sainetes marcharían hoy de bracero con Las castañeras picadas, El Manolo y La maja majada; como de habernos mostrado su sensibilidad en pura melodía, con las castizas notas de una seguidilla hubiéramos recordado siempre el pueblo en que nació aquel infortunado pintor, cuyos huesos se habrían perdido en la fosa común a no haber sido por la liberalidad de unos cuantos amigos, que en el mismo cementerio se apiadaron de sus pobres despojos.

C. PALENCIA TUBAU.



Vendedores y tipos populares. Dibujo inédito.

Nietzsche y su epistolario

— El estallido final —

RECUERDO ahora una admirable página de Anatole France en *Le Mannequin d'Ostier*. Lo que trastorna profundamente las sociedades—viene a decir el imponderable M. Bergeret—no es el cambio de su religión, sino el de su moral. Este es el secreto de la fuerza de Nietzsche. Ni la gran revolución filosófica alemana, ni la gran revolución política francesa, habían producido una visión profundamente subversiva de los valores morales. Nietzsche tuvo esa audacia. Y ya las últimas páginas de su expansión epistolar están henchidas de ese espíritu.

Nos aproximamos a la catástrofe, a la explosión de aquella naturaleza vibrante y sobrecargada. Desde 1888, toda la correspondencia del gran ideólogo revela una intensa amargura, una hiperestesia alarmante y progresiva. El delirio de grandeza, la conciencia que llamáramos *profeta*, la embriaguez dionisiaca, la convulsión como de danza pírrica, desbordan a cada momento llamas premonitorias de la erupción.

«He dado a la Humanidad su más profundo libro—escribe a Malwida—. ¡Cuán caro hay que pagarlo! Ser inmortal cuesta, a veces, la vida... Se me trata en mi patria como a alguien que debería estar en un manicomio. Tal es la forma de *comprensión* que para conmigo se tiene. El cretinismo bayreuthiano me ha salido al camino... Soy el espíritu más independiente de Europa y el único escritor alemán, lo cual ya es algo... Se necesita grandeza de alma para resistir mis escritos. Tengo la dicha de excitar contra mí todo lo débil y virtuoso... Y a Rurckhardt le dice: «Mi obra, dado el carácter europeo-internacional del problema, debió haber sido escrita en francés y no en alemán. Hasta cierto grado está escrita en francés, y desde luego será mucho más fácil traducirla a este idioma que al alemán.» Insiste sobre ello, dirigiéndose a Pablo Deussen: «No hay en Alemania un solo hombre que escriba como yo. Sería tan fácil traducir mi libro al francés, como difícil, casi imposible, traducirlo al alemán... Mi labor, si llega a ser comprendida, dividirá la historia de la Humanidad en dos mitades... Después de ella no serán ya posibles muchas cosas que lo son aún... Ser cristiano será, en adelante, indecoroso... Es el más radical trastorno que la Humanidad haya podido sospechar...»

Confrontemos esas palabras con las que, por aquellos mismos días, escribía a Overbeck: «He echado mano, como viejo artillero, del mayor cañón que poseía, y temo que mis tiros dividan la historia de la Humanidad en dos mitades.» Comparamos también con otra carta dirigida a Peter Gast, en el mismo tono: «Miro mis manos con cierta desconfianza, pues me parece tener entre ellas el destino de la Humanidad.»

Esa exaltación alcanza su plenitud expresiva al notificar a Jorge Brandès la concepción del libro autobiográfico *Ecce Homo*: «Me he descrito con un cinismo que se hará histórico... Le juro a usted que dentro de dos años tendremos a toda la tierra en convulsiones. Soy una fatalidad.» Y resurgen los vapuleantes improperios de profeta contra la patria incapaz de comprender: «¿Adivina usted quiénes salen peor librados en mi libro? ¡Los señores alemanes! Les he dicho cosas espantosas... Ellos tiemblan sobre su conciencia el haber ahogado el sentido real de la última gran época de la Historia: el Renacimiento, en un instante en que los

valores cristianos, los valores de decadencia, sucumbían, vencidos por los instintos contrarios, los instintos vitales. Atacar a la Iglesia suponía entonces restablecer el cristianismo. César Borgia en la silla papal es el sentido del Renacimiento, su verdadero símbolo.» Con más familiar rudeza dice a su madre, en una mezcla singular de gracia y de ira: «Tu vieja criatura es ahora un animal enormemente célebre, aunque claro está que no en Alemania, cuyos habitantes son demasiado estúpidos y vulgares para la altura de mi espíritu. Han logrado en mi caso, como en todos, ponerse nuevamente en ridículo... No hay actualmente nombre que se pronuncie con más admiración y veneración que el mío.»

Pero esta carta termina con una frase asociada hoy a una terrible significación. Iba a comenzar el año 1889 y Nietzsche decía a su madre: «Adiós, vieja madre mía. Recibe al final del año mis más cordiales votos y deséame tú un año que corresponda en todo a las grandes cosas que en él han de suceder.» A los pocos días Nietzsche caía en las calles de Turín, víctima de la locura.

Y hay en esos últimos destellos de la razón del gran poeta las notas de ternura más intensas de su vida. «La virtud no es debilidad: es fuerza; bastante lo dice su mismo nombre—le replicaba la solícita y tierna Malwida de Meysenbug—. ¿No sois la viva contradicción de lo mismo que afirmáis? Porque sois virtuoso, y el ejemplo de vuestra vida, si los hombres pudiesen conocerlo, los persuadiría me-

jor que vuestros libros.» A lo cual contestaba Nietzsche: «Sin duda tenéis razón; pero yo también...»

Se rompía, al fin, esa naturaleza, que fué, como la de un héroe de tragedia, campo de lucha entre humanidad y divinidad. Vivamente inclinado al bien, a la rectitud, a la nobleza, la contemplación de la turba humana produjo en él un movimiento de elevación espiritual, de *imposibilidad*, que las turbas falsamente elevadas podrían confundir con la crueldad. La pasión, tan recia en Nietzsche, no fué ciertamente *compasión*, *simpatía*, participación en el dolor vulgar; pero no fué tampoco *impiedad* (en el verdadero sentido), o *despiedad*, como podríamos decir en un exacto neologismo. Fué *ultrapasión*, incapaz de ser contenida en los viejos cauces, y elevada hasta aquella *séptima soledad* que canta en uno de sus inflamados poemas:

«Mi barca boga siempre más lejos, más lejos...»

Y nunca esa ofrenda de su alma misma fué tan plenamente expresada por él como en la trágica nota que desde las tinieblas de su vesania dirigió a Brandès, firmándola *El Crucificado*: «Desde que me has descubierto, no es ninguna maravilla encontrarme. Lo difícil ahora es perderme...»

Gabriel ALOMAR

HACIA TIERRA BAJA

Los olivos, grises;
los caminos, blancos.
El sol ha sorbido
la color del campo,
y hasta tu recuerdo
me lo va secando
este alma de polvo
de los días malos.

Rejas de hierro; rosas de grana.
¿A quién esperas
con esos ojos y esas ojeras,
enjauladita como las fieras,
tras de los hierros de tu ventana?
Entre las rejas y los rosales,
¿sueñas amores
de bandoleros galanteadores,
fieros amores entre puñales?
Rondar tu calle nunca verás
el que tú aguardas, porque se fué
toda la España de Merimée.
Por esta calle—tú elegirás—
pasa un notario,
que va al tresillo del boticario,
y un asurero, que va al rosario.
También yo paso, viejo y tristón.
Dentro del pecho llevo un león.

Aur que me ves por la calle,
también yo tengo mis rejas,
mis rejas y mis rosales.

Un mesón de mi camino.
Con un gesto de vestal,
tú sirves el rojo vino
de una orgía de arrabal.
Los borrachos
de los ojos vivarachos
y la lengua fanfarrona
te requiebran, ¡oh varona!
Y otros borrachos suspiran
por tus ojos de diamante,
tus ojos que a nadie miran.

A la altura de tus senos,
la batea rebosante
llega en tus brazos morenos.
¡Oh mujer,
dame también de beber!

Una noche de verano.
El tren hacia el puerto va,
devorando aire marino.
Aun no se ve la mar.
Cuando lleguemos al puerto,
niña, verás
un abanico de nácar
que brilla sobre la mar.

A una japonesa
le dijo Vökan:
con la blanca luna
te abanicarás;
con la blanca luna,
a orillas del mar.

Una noche de verano,
en la playa de Sanlúcar,
oí una voz que cantaba:
«Antes que salga la luna...

Antes que salga la luna,
a la vera de la mar,
dos palabritas a solas
contigo tengo de hablar.»

¡Playa sanluqueña,
noche de verano,
copla solitaria,
junto al mar amargo!

A la orillita del agua,
por donde nadie nos vea,
antes que la luna salga

Antonio MACHADO

Vanidades veraniegas

— «Villa Fulanita» —

EL ideal de todo madrileño, en cuanto siente los primeros calores hacia el cogote, es reunir unas pesetas e instalarse en una casita de los alrededores. Por lo general, este albergue, al que se denomina pomposamente «Villa Carmen», «Villa Geórgica», «Villa Gerundia», suele tener el tamaño de una caja de pasas; pero ello no importa para que la vanidad se sienta completamente satisfecha y pueda uno darse el gusto de decir que veranea en el campo.

Los momentos en que, ya reunidas las pesetas, los aspirantes a la vida del campo buscan, eligen, miden y calculan el nuevo domicilio, son de verdadera ilusión.

—Ya verás qué casa más alegre.

—¿Sí, eh? Falta nos hace, porque la verdad es que con tu dolor al hígado hemos pasado un invierno que parecíamos dos fieras de película que vivían juntas.

—No te olvides tampoco de tu carácter, que es capaz hasta de hacerte morder a un municipal.

—En el campo nos tranquilizaremos.

—¡Dios lo haga!

El matrimonio aquel emprende la excursión al pueblecillo que ha de darle albergue, con igual emoción que si fuera a instalarse en la Avenida de los Campos Eliseos de París.

—¡Fíjate en el aire!

—No lo veo.

—Mujer, no seas idiota. Quiero decirte que aquí el aire es más sano y se respira mejor.

—¡Aura! como dice don Juan Tenorio para convencer a doña Inés.

—Una cosa así; sólo que no hay comendador que venga a interrumpirnos.

La vista de «Villa Escolástica» o «Villa Nicomedes» causa el efecto apetecido, y su natural reposo invade el alma de los veraneantes, encontrándolo todo admirable para pasar el verano, aunque luego, en la realidad, tropiecen con las dificultades propias de esta clase de veraneos. Pero ¿quién dijo miedo ni quién se acordó de tropezar, por ejemplo, con el inconveniente de que, para pelearse el matrimonio, tiene que salir a la carretera, porque en ninguna habitación hay espacio suficiente para accionar? ¡Bah! Esos son defectillos que se compensan con el poderse dar pisto ante los amigos, diciendo: «Estamos admirablemente. ¡El calor que van ustedes a pasar en Madrid este año!»

Y se callan que tampoco allí se siente más fresco que cuando los habitantes de la casita veraniega se abanicaban o amorosamente se soplan unos a otros.

El veraneo de este modo ofrece, además, la ventaja de la proximidad a la corte y de que, por lo tanto, el veraneante puede venir a ella, cuantas veces necesita y resolver así sus asuntos. Eso sí, cada viajecito de estos es como para sentar plaza de demandadero, a juzgar por el infinito número de encargos que ha de resolver.

Por eso, a lo mejor, a uno de esos veraneantes se le ve por las calles llevando debajo del brazo un cubo de hojalata.

—¡Caramba, don Trifón! ¿Adónde va usted? ¿Es que han vuelto las «colas» del agua?

—¿Lo dice usted por esto? ¡Ah! Esto es un jarro.

—Sí, ya lo veo, y no creo que lo habré confundido con un violín ni con un jamón en dulce.

—Es que vengo a que le echen unas gotitas de estaño en el fondo. Como estamos veraneando...